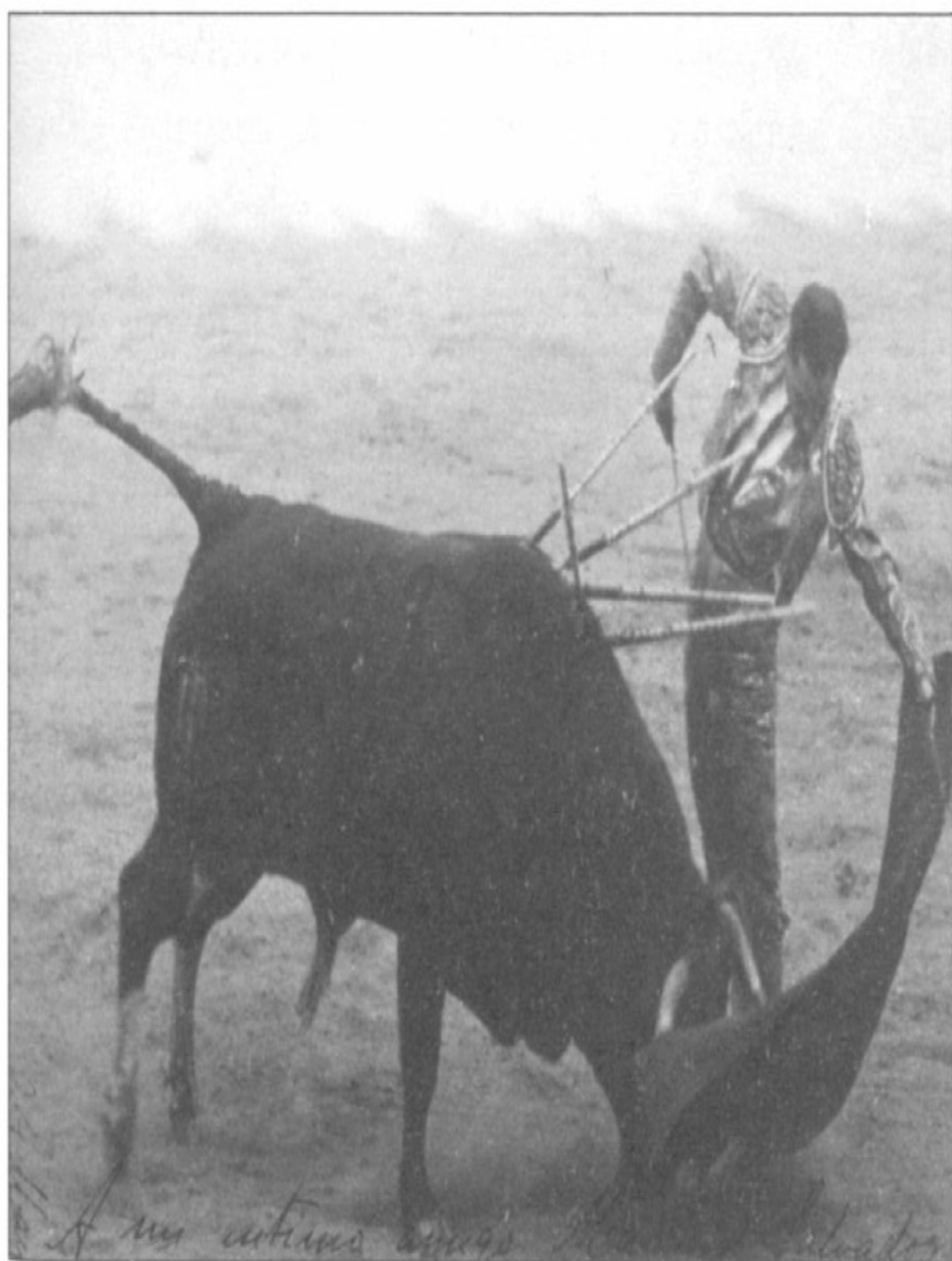


Chicuelo con «Corchaíto» de
Graciliano Pérez Tabernero.

Madrid, 24-V-1928



LA firma del Pacto Briand-Kellogg, en el que por primera vez se condena la guerra ofensiva, esconde el hecho, gravísimo de por sí, de que para Alemania, los problemas que se arrastran desde el fin de la Primera Guerra Mundial aún no se han solucionado. Las ansias de revancha de este país vencido crecen en la siguiente década.

El 18 de julio se inauguran los IX Juegos Olímpicos de Verano en Ámsterdam. Por primera vez desde 1912 van a participar deportistas alemanes.

El 5 de septiembre, miércoles, en Gran Bretaña, el bacteriólogo Alexander Fleming descubre el efecto bactericida de la penicilina. Muchos toreros deberían sus vidas a dicho descubrimiento, por lo que se erigiría años después en las cercanías de la plaza de toros de las Ventas un monumento en honor de Fleming.

El 23 de septiembre, domingo, un incendio destruye el teatro Novedades de Madrid, lo que provoca doscientos muertos y causa una extraordinaria conmoción. Se publica *El romancero gitano* del poeta granadino Federico García Lorca, base de toda una generación, llamada del 27.

Hirohito es solemnemente entronizado, junto con su esposa Nagako, en la ciudad imperial de Kioto, y Mickey Mouse debuta en el cine en *Steamboat Willie* de Walt Disney.

El 24 de mayo, un torero español —Chicuelo— obtiene un gran éxito que estremece y maravilla al público de la plaza de Madrid, del que fue

testigo el periodista Federico Morena y que recoge en una crónica que publica en el diario *Heraldo de Madrid*: una faena inolvidable de Chicuelo al tercer toro de la tarde, que provocó un gran entusiasmo, que narra hasta en sus últimos detalles y con observaciones y monólogos consigo mismo —muy frecuentes en los críticos de entonces—, que sorprenden por su expresividad.

«*Corchaíto*, negro calzón, coletero.

Chicuelo le busca en los medios; pero el bicho se va a cada lance. Insiste Manolín y nos obsequia con una serie de verónicas soberbias y media torerísima. (Ovación y olés.)

Luego, en el primer quite, da cuatro chicuelinas repletas de gracia, que enloquecen al cónclave. (Gran ovación.)

Barrera mete dos verónicas y media ceñidísimas, tanto, que al rematar le tropieza el bicho con los cuartos traseros y está a punto de derribarle.

¡Qué corrida estamos presenciando!

Cagancho acaba de poner al rojo vivo los entusiasmos populares con unas verónicas templadísimas y media colosal. (Ovación y olés entusiastas.)

¿Quién quiere más?

El bicho, después de la segunda vara, no quiere nada con la caballería. Es necesario que los picadores cambien de tercio para que acabe la cosa con bien.

Barrera devuelve los avíos a Chicuelo. Este cumplimenta al “usía” y va derecho en busca de *Corchaíto*.

Espera al torito con la muleta en la izquierda y da cuatro pases al natural, preciosos, admirables, templados y con mando.

Dos naturales más, y luego, con la derecha, una serie magnífica de pases de todas las marcas.

Luego torea al natural otra vez, ayudándose con el toro, y da, en fin, un pase nuevo creado por él en este instante soberano.

Chicuelo se “hincha” de torear. Una verdadera borrachera de toreo.

El público pide la oreja para el diestro en plena faena aún.

Dos pinchazos magníficos en lo duro, con ganas de matar bien, y una estocada corta en lo alto.

La muerte del toro es preciosísima: se abre de manos para sostenerse y, al fin, cae desplomado, con las cuatro patas por alto.

Es imposible describir la enorme faena, de la que en Madrid se guardará imborrable recuerdo.

A petición unánime se conceden al diestro las dos orejas y el rabo del toro.

El público, enloquecido, pide también que dé la vuelta al ruedo el nobilísimo toro, al que pasan del patio para que reciba el homenaje máximo.

Chicuelo, en los medios, recibe la ovación más grande y más merecida que ha oído en su vida de torero.

¡Y a otra cosa! ¡Seguiremos así?

Resumen: ¡Qué media corrida!...»

Crónica muy interesante para revivir un instante crucial del curso de nuestra historia taurina y la que recogemos, como hicimos con la anterior, en su parte esencial pero bastante *in extenso*, porque nos parece que nunca se ha escrito así de un torero y de un momento del toreo, ni se ha conocido un entusiasmo tal de un escritor por un lidiador. La cabecera del artículo periodístico, más que tal, se asemeja a un acta notarial de manifestaciones o a un testamento ológrafo del periodista Alcázar.

Se titulaba: «Chicuelo realiza con el toro *Corchaíto* la faena más grande del toreo». Y se inicia, a modo de comparecencia, de la siguiente guisa:

«Yo, Federico M. Alcázar, mayor de edad, natural de Albacete, con cédula personal vigente y en uso perfecto de mis facultades mentales, declaro solemnemente que la faena que realizó ayer tarde Chicuelo en la plaza de Madrid, con el toro *Corchaíto* de Graciliano Pérez Tabernero, ganadero y señor por derecho propio, es la obra de arte más grandiosa, más excelsa, más genial que se ha hecho en el toreo. Yo no recuerdo nada semejante, nada comparable a esta obra portentosa y magna, que quedará como el monumento más grande que puede elevar el arte del toreo

para asombro de las generaciones venideras. ¡Qué asombro! ¡Qué maravilla! ¡Qué portento! No he visto nada más grande en inspiración, en gracia, en majestad. Ha sido algo único y sobrenatural, que excede los límites de toda hipérbole. Las faenas más grandes del toreo quedan oscurecidas, empalidecidas junto a esta faena inenarrable y fantástica, verdadera cumbre del arte. Ayer Chicuelo borró la historia del toreo y escribió la página más excelsa en un jirón de cielo azul.

¿Cómo toreó Chicuelo? Como nunca se ha toreado, como jamás se toreará. Ha sido la obra de un dios, de un iluminado, de un loco sublime y genial. No hay pluma, ni pincel, ni nada que pueda describir y grabar esa obra de maravilla y asombro. Es algo inenarrable, increíble y fantástico. Una verdadera borrachera de arte clásico, puro, rondeño. La faena siempre soñada y nunca vista, la obra genial concebida y no lograda hasta esta tarde histórica del 24 de mayo de 1928.

Nuestra pluma, nuestra pluma de revistero, se siente torpe para describir aquellos momentos sublimes en que Chicuelo, solo en el centro de la plaza, como si estuviera tocado por la divina inspiración, toreaba, ¡toreaba! Fantásticamente, hiperbólicamente, como si el ruedo fuera un pedestal gigantesco que tuviera por cúpula el sol.

Tarde magnífica de toros. La plaza, rebosante. Y el ambiente, saturado de expectación, de interés. Sale el tercer toro. Se llama *Corchaíto*, es negro, calzón, coletero, marcado con el número 49. Aún dura la ovación a Cagancho por su maravillosa faena al segundo toro. Dobla bien *Corchaíto* en los primeros capotazos y sale Chicuelo a torear de capa. Seis verónicas asombrosas, de quietud, de temple, de finura, de gracia torera. Estalla la primera ovación, que se reproduce al hacer Barrera un quite brutalmente ceñido y se prolonga al dar Cagancho tres lances estupendos. Pero la ovación alcanza proporciones insospechadas al bordar Chicuelo un quite por chicuelinas, verdadero monumento de finura, de salsa, de gracia. El ruedo se llena de sombreros y el público, puesto en pie, espera el momento revelador y solemne, como si presintiera la obra genial que va a presenciar.

Brinda Chicuelo y se dirige al toro, que espera en los medios. Comienza con cuatro naturales estupendos, ligados con uno de pecho soberbio. La ovación vuelve a reproducirse y los olés atruenan el espacio. Vuelve a ligar —siempre con la izquierda— otros tres naturales soberanos. La plaza es un clamor y el público, enardecido, loco, jalea la inmensa faena. Pero lo grandioso, lo indescriptible, lo que arrebató al público hasta el delirio, es cuando el torero, ¡el torero!, ejecuta cuatro veces el pase en redondo girando sobre los talones en un palmo de terreno. Es algo portentoso, de maravilla y de sueño. Suave, lento, el toro va embebido, prendido, sugestionado, describiendo dos círculos en torno al artista, que permanece inmóvil en el centro. Ahora el público no aplaude: grita, gesticula, se abrazan unos espectadores con otros, y de pronto, como si el mismo entusiasmo hubiera prendido en todas las manos, la plaza se cubre de blancos pañuelos, como una inmensa bandada de blancas palomas, que agitan las alas pidiendo la oreja para el sublime artista, que liga otros dos naturales inmensos, dos ayudados magnos, un afarolado maravilloso, altos y cambiados sublimes. Cada muletazo es un alarido. Señala un pinchazo y continúa su grandiosa, portentosa faena, creciéndose, con otros cuatro naturales de asombro y dos de pecho soberbios. Otro pinchazo y otros dos naturales enormes. La plaza parece un volcán que tuviera fuego en sus entrañas. El entusiasmo del público llega al límite del paroxismo. Vuelve a entrar a matar y coloca media estocada superior. Se hace en la plaza un silencio augusto. El toro por un momento se mantiene en equilibrio, y rueda a los pies del maravilloso, del excelso artista.

El espectáculo es inolvidable, soberano, único. Los catorce mil pañuelos flamean pidiendo las dos orejas para premiar la gloriosa hazaña, y el torero, inmóvil, blanco y pálido de emoción, mira un momento a lo alto, como dando gracias al cielo por haberle inspirado en aquel sublime momento. La ovación es indescriptible, apoteósica. Le conceden las dos orejas y se interrumpe la corrida para que Chicuelo dé dos vueltas al ruedo, entre las aclamaciones delirantes de una multitud ebria de entusiasmo. Sale el cuarto toro y todavía sigue la ovación clamorosa y los vivos se mez-

clan con los aplausos. Chicuelo, rendido, fatigado por la tremenda emoción, vuelve a torear superiormente por verónicas. Ya el público está tronchado, molido, y no quiere ver más toros. Los hombres caen en el tendido como guiñapos, y las mujeres se han desecho [sic] el bello tocado. Chicuelo muletea por abajo y mata de un pinchazo y media tendida. La plaza queda en sombras. Hasta los toreros se mueven contagiados por la emoción de la obra que acaban de presenciar. El ruedo semeja una losa de plomo. La corrida continúa; pero el sol, más discreto y prudente, se oculta para no empalidecer los fulgores gloriosos del artista, que hoy ha tenido resplandores de incendio solar.

¡Salve, Chicuelo! ¡Salve tu arte soberano! Cuando todo se borre y pierda en la historia del toreo, quedará esa faena como una cumbre memorable, que elevará solitaria su cima al infinito.»

Un cronista tan fino y técnico como Corrochano, que tiene un predicamento extraordinario entre todos los aficionados y es de pluma fácil y brillante, y verbo más moderado y por lo tanto más crítico, capta rápidamente lo que ha sucedido en la plaza con Chicuelo y trata de reflejarlo, y así en una primera parte de su crónica se ocupa preferentemente de Cagancho, a quien alaba, por su gran estilo y por la faena que hizo al segundo, premiada con vuelta al ruedo, y no más, evidentemente por desaciertos al intentar el descabello.

La faena “histórica” del diestro de la Alameda nos la cuenta de una forma que parece que hubiéramos todos estado allí, y en aquel momento:

«Chicuelo. Toro tercero. El toro de Graciliano sale suelto de los caballos, vuelve la cara. Hay momentos que tememos lleguen a foguearle. Con lo bravos que fueron los anteriores. El toro, malo para el ganadero, es muy bueno para el torero. Chicuelo, en su repertorio y estilo, da el mayor rendimiento. Con la izquierda empieza, con la izquierda sigue, con la izquierda termina. Intercala adornos vistosos y toreros, porque lo aprovecha todo. Ha hecho dos faenas, tres faenas, ni el toro se agota, ni él tampoco. Todos los pases de la nomenclatura taurina aquí están. Hubo

series ligadas magníficas. En una faena tan larga, algún bache no importa, porque volvía a ligar. Para todos los gustos. Del mío fueron los últimos naturales, cuando ya había que enganchar al toro en la muleta y tirar de él y hacerle pasar. Tengo mis preferencias. No me importa que el toro pase porque le dé la gana al toro; me interesa mucho más que el toro pase cuando le dé la gana al torero, cuando sé que el toro ya no quiere y el torero tira y obliga y le hace pasar. Por eso la última parte de esta faena preciosista fue más de mi gusto. Dos pinchazos y una estocada corta. Los pañuelos, que ya habían asomado a media faena, demandaron la oreja, las orejas. Las dos.»

La aparición, o al menos el salto a la fama de Chicuelo, resucita el toreo de los niños sevillanos, pues Manuel Jiménez Moreno nació en la calle Betis, 11, del barrio de Triana, de la ciudad de Sevilla, el 15 de abril de 1902, ciudad en la que se crió y a la que siempre estuvo vinculado su nombre.

Era hijo del matador de toros del mismo nombre y apodo y había quedado huérfano desde 1907, tomándolo bajo su cuidado su tío, el banderillero Zocato. Con él fueron tres los toreros de la saga sevillana de los Jiménez que usaron el sobrenombre de Chicuelo, pero este es sin duda el que lo llevó más alto. Tomó la alternativa el 28 de septiembre de 1919 en Sevilla con toros del conde de Santa Coloma, con Juan Belmonte como padrino y Manuel Belmonte de testigo. Su primer toro se llamó *Vidriero*.

En esta época Belmonte había hecho estallar su revolución en el mundo de las corridas de toros. Chicuelo había, de una parte, dado plasticidad y movimientos gráciles al toreo, pero también fue influenciado como todos por los nuevos aires belmontistas; de forma que Chicuelo se nos aparece y es como el inventor del toreo en redondo y el torero que dio forma a la revolución que había traído Belmonte a la lidia.

El nombre de Chicuelo era y es para todos sinónimo de inspiración y arte, trayendo al recuerdo a Rafael *El Gallo*, en cuya fuente beberían después todos los diestros que salieron en la línea de Manuel Jiménez: Pepe

Luis Vázquez, Pepín Martín Vázquez, Manolo González, Diego Puerta. Ligaba los muletazos en serie como nadie, con un toreo pronto y tan alto que le catapultó a la fama de tal forma que ha pasado a lo que se llama —y con razón— la historia del toreo; pues el toreo no es solo un espectáculo, sino una cultura, un arte, un fenómeno colectivo tan extraordinario, que ha hecho y ha gestado su propia historia.

Chicuelo, ídolo en Sevilla —como lo han sido Pepe Luis Vázquez o Curro Romero—, muy estimado también en México y en toda España, fue una de las más valiosas aportaciones al toreo moderno; y así periodistas de la talla de Pepe Alameda, cronista español residente en México, o el extremeño, afincado en Sevilla, Filiberto Mira, lo recogen como grande entre los más grandes. Su consagración, la faena de Chicuelo en la que sintetizó toda su teoría del toreo y unió su nombre con el del toro *Corchaíto* un 28 de mayo de 1928, tarde en la que le acompañaron Cagancho y Vicente Barrera, que confirmaba su alternativa. Fue faena realizada toda ella con la mano izquierda y con una gran ligazón, lo que en aquella época causó no poca sorpresa y asombro, pues eran frecuentes los espacios muertos entre pases y los enganchones. Ese empalmar o ligar los pases uno con otro fue insospechado en aquel tiempo, hasta el punto de que se decía que su memorable trasteo —para muchos quizá el más importante de los realizados en la plaza vieja de Madrid— fue denominado «la faena de los naturales de Chicuelo».

Era poseedor de una simpatía extraordinaria, siendo muy popular y un modelo de bondad y honradez.

Mando y recorrido de un torero de pequeña estatura y de poco cuerpo, que dibujó la verónica y creó la chicuelina, pues aunque la inventó el sevillano Francisco Díaz, *Pacorro*, Chicuelo le dio la categoría de verdadera joya torera, pues nadie las prodigó con tal salero y gracia, y de las que escribió José María de Cossío que nunca vio a ningún torero ejecutarlas de una manera tan personal y bella. Gracia que en él será innata, sin parecido con ninguna, que le chorreaba por todos los poros, y que se completaba con su excelsa figura y el arte de sus filigraneos. Todo ello unido

a una capacidad enorme para crear nuevas suertes e interpretar las antiguas, recordando en eso al gran torero sepulvedano, trágicamente fallecido, Victoriano de la Serna.

No se envaneció nunca por sus triunfos, que llegaron a ser clamorosos, y su afición al cante flamenco, el campo y el caballo llenaban una vida moderada y sencilla.

Mezclaba el valeroso pase de la firma, el recorte preciso o el muletazo improvisado e inspirado con ese «ángel» que es solo del sur, y ese su «compás», que hizo decir que «el arte de Sevilla bajó del cielo / y en la tierra se llama Manuel Chicuelo». Eso sí, tenía la suficiente técnica, pero ni un gramo más, lo bastante para no matar la transmisión del sentimiento y la emoción a los tendidos.

Pasará a la historia por sus chicuelinas, por sus puras esencias sevillanas, por sus broncas y por sus éxitos. Pero sobre todo lo que quedará es su ligazón, la vertebración entre un pase y otro. Se ha dicho que si Belmonte creó el toreo moderno, Chicuelo aportó la forma de ejecutarlo.

Y es curioso constatar cómo solo en el espacio de un poco más de diez años los criterios, los gustos y el toreo evolucionaron. En tan poco tiempo, la faena de muleta tomaba cuerpo de tal manera que ya no consistía en preparar al toro para la estocada, sino en crear arte, belleza, ligazón entre los pases.

Ahora, cuando el matador maneja la muleta, se habla de temple, evidentemente (el temple de Belmonte), pero también se mencionan la finura, la gracia torera, la salsa. Y además, cómo sería Chicuelo, que pese a que todos esos valores de nueva aportación han tomado tanta importancia, después de dos pinchazos y media estocada, el matador se vio recompensado en esa su histórica faena con los máximos trofeos, lo que en las primeras décadas del siglo no hubiera ocurrido.

A buen entendedor, con pocas palabras bastan.